

## **La ideología como técnica: formación de ingenieros comerciales y el pensamiento único en los departamentos de economía**

Fernando Villanueva Melo<sup>1</sup>

*“Las ideas de los economistas y los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. En realidad el mundo está gobernado por poco más que esto. Los hombres prácticos, que se creen exentos por completo de cualquier influencia intelectual, son generalmente esclavos de algún economista difunto”.*

*J. M. Keynes*

*“El propósito de estudiar economía no es adquirir un conjunto de respuestas preparadas a las preguntas económicas, sino aprender a evitar ser engañados por los economistas”.*

*Joan Robinson*

Las políticas económicas del gobierno para hacer frente a la pandemia han sido fuertemente cuestionadas y criticadas, ya sea por su cobertura (a cuanta gente beneficiará), por su duración o por el

---

<sup>1</sup> Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad de Santiago de Chile y magister en Análisis Económico de la Universidad de Chile. Docente en la Facultad de Administración y Economía de la Universidad de Santiago de Chile.

instrumento de política. La ley de protección al empleo, los préstamos de clase media, el ingreso familiar de emergencia, el subsidio al empleo, los recortes fiscales en artes y ciencia, la aversión a los déficits fiscales, etc., son parte de la forma de ver y entender la realidad de los hacedores de política económica. Entre ellos se destaca el fuerte rol que juegan los abogados y los economistas (ingenieros comerciales en Chile). Su presencia e influencia en la formulación de políticas económicas que van a afectar la realidad de millones de personas hace fundamental repensar su formación y poner en tela de juicio su dominancia en el sector público.

Como punto de partida, es importante destacar que no existen verdades absolutas o reveladas en economía. Usualmente se les dice a los estudiantes que la economía es la “ciencia” que estudia “la asignación de recursos escasos”, pero la economía no es realmente eso, o no debería limitarse a dicha definición. La economía es el estudio de cómo las sociedades garantizan su supervivencia material, es decir, las formas de organización social que nos permiten producir, comprar, intercambiar y distribuir las cosas que usamos en nuestro día a día. Al ser el capitalismo la forma de organización socioeconómica dominante en el mundo, la economía es básicamente el estudio del capitalismo. Dicho objeto de estudio es un cuerpo social, históricamente situado y que existe a través de su mutación constante (el capitalismo chileno del siglo XIX es absolutamente diferente del de mediados del siglo XX y del de posdictadura, por ejemplo).

Al ser el capitalismo un sistema social de escala mundial y en constante cambio, adopta diversas formas en distintas partes del mundo y en distintas épocas. Esto implica que, a lo largo de la historia, han existido distintas formas de entender el modo de funcionar de las economías capitalistas en distintas partes del mundo. Las diferentes escuelas de pensamiento económico son tradiciones de determinadas formas de entender la economía, destacando ciertos factores de ella y que intentan explicar su compleja y poco evidente forma de funcionar. A modo de ejemplo, existe la escuela marxista, la escuela austriaca, el estructuralismo latinoamericano, el keynesianismo, el institucionalismo,

el desarrollismo, la teoría de la dependencia, la economía feminista, los schumpeterianos, y un larguísimo etc.

A pesar de la gran variedad de ideas y tradiciones de pensamiento económico que han existido a lo largo de la historia, la educación de los economistas en Chile está por lejos de entender y asumir esta diversidad. Tanto en Chile como en la mayoría de las universidades en el mundo occidental no existe una enseñanza plural de la economía. Se imparte solamente una escuela de pensamiento económico desde los programas de pregrado, pasando por los programas de magíster hasta los de doctorado. Dicha escuela se conoce como “escuela neoclásica” y es la dominante en la gran mayoría de las universidades en el mundo, tanto en las ramas de microeconomía, macroeconomía, comercio internacional, economía financiera, economía monetaria, etc. La gran mayoría de los estudiantes de economía egresan de la universidad sin leer algún capítulo de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, de J. M. Keynes, de *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, o de *El Capital*, de Karl Marx, siendo estos autores los economistas más importantes de la historia. Incluso, no se estudian los principales autores que dieron origen al pensamiento neoclásico, a lo más existe un repaso histórico de diversos autores en los electivos (sí, son electivos principalmente) de historia del pensamiento económico.

Al estudiante de economía en Chile se le entregan manuales de economía, microeconomía, macroeconomía, comercio internacional, etc., elaborados por autores que pertenecen a la misma escuela de pensamiento. La gran mayoría de nosotros hemos tenido que leer más de alguno de esos manuales en nuestro proceso de formación, alguno de ellos se les conoce simplemente por el nombre de su autor: “El Mankiw”, “El Samuelson”, “El Bernanke”, “El Krugman”, “El Varian”, etc. ¿En qué otra carrera de ciencias sociales los estudiantes aprenden sobre la base de manuales, sin leer y estudiar a diversos autores? Las cosas se agravan mucho más si consideramos que son estos “profesionales” los que trabajan en la elaboración de políticas económicas, son asesores de políticos, son ministros e, inclusive, presidentes. Especialmente los egresados de la Pontificia Universidad Católica de Chile, que se caracterizan no solo por pertenecer generalmente a los sectores más

privilegiados del país —y el grueso del gabinete político del actual gobierno egresó de dicha institución—, sino también por su nivel de “dogmatismo” económico.

Todo modelo en economía se basa en supuestos y sus resultados se basan en dichos supuestos. El problema *a priori* no es la cantidad de supuestos, sino la relevancia de dichos supuestos y su concordancia con la vida económica real, que es el objeto de estudio de la economía. Puedes tener el modelo más sofisticado del mundo, coherente, computarizado, etc., pero si se basa en una premisa irreal, el ejercicio es completamente inútil si es que se quiere usar para explicar la realidad económica e intervenir en ella. El paquete de medidas económicas que toman diversos gobiernos se basa en determinada interpretación del funcionamiento de las economías capitalistas, las cuales, a su vez, se basan en determinados supuestos.

Cuando uno entra a estudiar economía, o cualquier otra carrera que tenga el ramo de “Introducción a la economía” o “Economía I”, una de las primeras cosas que le imparten es la teoría de mercados perfectamente competitivos. Esta teoría se basa en las conocidas curvas de oferta y demanda, las cuales sostienen que, mediante las presiones de la competencia, los mercados tenderían a un precio que garantiza que la cantidad ofertada o producida sea igual a la demandada por los consumidores. Todo esto suena bastante inocuo, neutral e inclusive tedioso; pero las implicancias ideológicas son por lo menos devastadoras. Tampoco se explica la razón de que en nuestras economías se adquiera el grueso de las cosas que usamos a través del mercado, simplemente se asume que existen y que dicho estado de cosas ha sido la norma a lo largo de la historia.

El modelo de oferta y demanda se basa en un gran número de supuestos, entre ellos que los productos que ofrecen los distintos productores son exactamente iguales; que no existen costos asociados por entrar y salir del mercado, ya sea como comprador o vendedor; que tanto oferente como demandante tienen la misma información respecto de los productos o servicios tranzados, y que todas las firmas tienen una determinada y homogénea tecnología de producción, es decir, todas

las empresas tienen los mismos costos directos de producción. En esta teoría se pretende exponer a la competencia como un *ballet* de actores homogéneos (usando la analogía de Anwar Shaikh) que idealiza el modo de operar de las economías capitalistas.

Existen varias aplicaciones típicas de la teoría de competencia perfecta que se exponen a los estudiantes en su primer ramo de economía. Una de las más relevantes es que fijar precios mínimos por sobre el precio de equilibrio genera un exceso de oferta. Esta lógica es trasladada directamente al mercado del trabajo, aludiendo que el nivel de empleo de una economía depende de la demanda y oferta de trabajo. No solamente se afirma esto, si no también que el resultado de la competencia en el mercado del trabajo garantiza el pleno empleo (todos quienes están dispuestos a trabajar a un determinado salario real podrán encontrar trabajo). De esta teoría se desprende que elevar “artificialmente” el salario real por sobre el salario de equilibrio (el salario de equilibrio es el que garantiza que la demanda de trabajo sea igual a la oferta de trabajo) genera desempleo, es decir, hace que la oferta de trabajo (personas dispuestas a trabajar) sea superior a la demanda de trabajo (puestos de trabajo que ofrecen las empresas). De esta misma lógica se desprende que si existe desempleo involuntario en la economía es debido a que los salarios reales son demasiado altos y la única forma de aumentar los niveles de empleo es reduciendo los salarios reales.

Los economistas neoclásicos explican el desempleo con base en las rigideces de los salarios reales o “imperfecciones”, que no permiten que el mercado funcione de manera “perfecta”. Entonces, el desempleo es visto como el resultado de la interferencia de ciertos actores sociales, que no permiten que el salario real caiga lo suficiente. Usualmente se atribuye esta culpa al gobierno, a los sindicatos, a la institucionalidad del mercado laboral, etc. Pero es siempre un actor externo. En la teoría neoclásica el propio funcionamiento de los mercados garantiza resultados eficientes socialmente, pero a su vez se intenta explicar las características del mundo real como resultado de “imperfecciones” de mercado, sin quitar la base de que, en su teoría, el mercado perfectamente competitivo por sí solo garantiza los mejores resultados posibles.

Acá el mensaje es claro: en la teoría de mercados perfectamente competitivos las propias fuerzas de mercado garantizan el resultado que es “socialmente” eficiente u óptimo. Pero esto es solamente una teoría, es decir, desde una forma determinada de entender el funcionamiento de las economías capitalistas. Cuando el mundo real contradice los resultados de esta teoría, siempre van a existir “elementos externos” o “rigideces” que permiten explicar la “anomalía” dentro de los márgenes de la misma teoría. La “anomalía” no es explicada como resultado de las fuerzas internas del sistema, sino todo lo contrario: son elementos “externos” o exógenos al sistema los que la originan.

Hemos podido ver, a lo largo de la historia de Chile, a gobiernos, políticos, y economistas oponerse a elevar el salario mínimo, debido a que esto, aluden, generaría desempleo (especialmente en las pequeñas empresas, según ellos). Pero esta conclusión teórica se sustenta en una interpretación del funcionamiento de las economías capitalistas que no puede estar más alejada de nuestra realidad económica concreta. Las actuales políticas de reactivación económica se basan en la misma lógica: subsidiar los salarios de los trabajadores para elevar la rentabilidad de contratar un trabajador. Sin embargo, se debe entender que las empresas obtienen ganancias o beneficios económicos de las ventas de sus productos en el mercado; tener salarios bajos no garantiza que esta “rentabilidad potencial” del trabajo se materialice de forma automática. Las empresas contratan trabajadores debido a que estos producen y es de la venta de dicha producción de la que se obtienen las ganancias de la empresa. A modo de ejemplo, podemos imaginar un centro comercial donde se reduzcan los salarios (independiente del medio para hacerlo) de sus trabajadores. De esto no se desprende que las empresas van a contratar más trabajadores solamente por que estos son más “baratos”. Si la gente no acude a comprar los productos del centro comercial ninguna ganancia es generada, no se transforma la mercancía en ganancia y la empresa no tiene razón alguna para contratar una persona adicional. Esto es sumamente relevante, ya que “el centro de gravedad” de las economías capitalistas son las ganancias, y éstas se obtienen de vender los productos de las empresas. Por esto las empresas gastan millones de pesos en publicidad, porque necesitan vender sus productos para tener ganancias y toda empresa sabe que

la venta de su producción no está garantizada de antemano. La actual crisis se debe a que las medidas de confinamiento por el COVID-19 han interrumpido el “flujo normal” de intercambio.

El peligro de la teoría de los mercados perfectamente competitivos es que, al entregar esta herramienta teórica, los economistas pretenden o tienden a su universalización, en el sentido de intentar explicar el grueso de los fenómenos de la vida real dentro de los esquemas de dicha teoría. No sobran los comentarios en actividades sociales, académicas, redes sociales, etc., donde se argumenta que el precio del agua suba en las crisis hídricas o que el precio de los productos de limpieza suba durante la pandemia, o que el precio de los medicamentos sea excesivamente caro debido a “ley de oferta y demanda”. Intentar entender el mundo a través de esta teoría y formular políticas económicas dentro de los márgenes de ese modelo para aplicarlo en la vida real es sumamente dañino, incoherente e incomprensible. Se debe comprender la seriedad y gravedad de la enseñanza de la economía cuando se entrena a miles de jóvenes en una teoría específica, que alude a que los mercados siempre garantizan los mejores resultados, pero que a su vez son incapaces de explicar elementos básicos de la realidad económica concreta, como la crisis y el desempleo, sin acudir a “elementos exógenos”.

La realidad de las economías capitalistas modernas no se caracteriza por organizar la producción y consumo según la teoría de mercados perfectamente competitivos. Parafraseando a un famoso economista polaco:

la competencia perfecta es un supuesto sumamente irreal, no sólo para la etapa actual del capitalismo, sino incluso para la denominada economía capitalista competitiva de siglos pasados, cuando se olvida el estatus de modelo cómodo de la competencia perfecta, se convierte en un mito peligroso.

Se suele afirmar que la teoría neoclásica de competencia perfecta no se condice con la realidad, debido a la existencia de oligopolios y monopolios que no permiten que “operen” sus mecanismos, dando paso

a la “competencia imperfecta”. Pero al hacer referencia a la “competencia imperfecta” se hace alusión indirecta a la competencia “perfecta”. Los aspectos de la vida económica concreta no son “imperfecciones” o resultados de “rigideces”, son elementos endógenos del sistema económico en el cual vivimos. Existe un sinnúmero de economistas que afirma que “más competencia” o “fomentar la competencia” mejoraría los resultados sociales de los mercados. Esta idea se basa en intentar encauzar la realidad económica actual en el marco de la teoría de competencia perfecta y establecer políticas para intentar llegar a ese escenario. Toda la política de libre competencia en Chile se basa en este propósito a alcanzar.

A pesar de la dominancia de esta teoría en el pensamiento económico, se debe entender que esta no describe la realidad económica de ninguna etapa del capitalismo. Es una mera fantasía que idealiza la forma de operar de las economías capitalistas, creada en un momento determinado en la historia de Europa. Es completamente falso que, en el siglo XIX, en Europa, existiera un “capitalismo de competencia perfecta” y que después surgiera otro tipo de capitalismo. La economía neoclásica crea esta dicotomía en nuestras mentes, pero los monopolios, los oligopolios y estructuras “más competitivas” (con mas oferentes o demandantes) siempre han coexistido, en diferentes medidas y con distintos grados de interacción y competencia en la historia del capitalismo. No basta con señalar que se debe descartar la teoría de competencia perfecta para abrazar la teoría neoclásica de oligopolios o de competencia monopolística. El problema es la teoría en sí misma, no sus variantes. Sin embargo, el grueso de nuestra economía nacional, regional y mundial ocurre en la órbita de lo que se denomina la “competencia imperfecta” dentro de la teoría de competencia perfecta. A todo estudiante de economía se le enseña que no existe una curva de oferta para los monopolios y los oligopolios (existen las “funciones de reacción”), pero, aun así, entender estas estructuras como “imperfecciones” y no como la norma provoca que mentalmente estas “anomalías” sean cuestiones periféricas del modelo de competencia perfecta, y que se intente explicar la realidad aludiendo a los mercados y al juego de oferta y demanda.



La teoría neoclásica en los últimos años ha expandido su “menú” de imperfecciones, que intentarían explicar por qué el mundo real no se comporta de acuerdo con dicha teoría. A los alumnos entrenados en economía neoclásica se les instruye que las economías “tienden” al producto de largo plazo o a la oferta de largo plazo, es decir, se les enseña que, mediante mecanismos naturales y autónomos, la economía tiende al pleno empleo. Si existe desempleo o la economía se encuentra bajo la “producción de largo plazo”, es debido a las “imperfecciones” del sistema de precios, que no se ajusta a la velocidad necesaria. En todos los ramos de macroeconomía se menciona que el Banco Central puede afectar los niveles de producción y empleo mediante la política monetaria en el corto plazo, debido a que los precios son “pegajosos” o “rígidos”, pero que en largo plazo el sistema de precios garantiza que la economía tienda al pleno empleo. La teoría neoclásica concluye que el dinero no puede afectar las variables “reales” (producción y empleo) en el largo plazo, pero sí en el corto plazo, debido a la existencia de rigideces de precios. Otras escuelas de pensamiento sostienen que estos resultados no son “imperfecciones”, si no la norma de funcionamiento de las economías capitalistas. Simplemente, no existirían mecanismos de mercado que aseguren el pleno empleo; en otras palabras: la economía por sí sola no va moviéndose hacia un “equilibrio óptimo”.

En el modelo de competencia perfecta, ningún productor o consumidor puede fijar el precio de venta de las mercancías. El precio de venta lo fijaría la mano impersonal del mercado. Pero cuando abandonamos dicho esquema teórico llegamos a la evidente conclusión de que no son los mercados los que fijan los precios, son las empresas, independientes de su estructura de mercado, quienes lo hacen (sea o no el precio que estas desean). En este escenario, el poder, la organización, la estrategia y la información son los factores dominantes. Si nuestras economías se caracterizan porque el grueso de la producción está organizada por grandes empresas oligopólicas, con determinados patrones de competencia, entonces ¿por qué empezar la enseñanza con una estructura atemporal, ahistórica, sin coherencia con nuestra experiencia económica real y sin contextualización? Las relaciones de poder económico importan y tienen repercusiones macroeconómicas obvias.

Todos quienes estudiamos microeconomía estudiamos al consumidor racional, que maximiza su utilidad (usualmente usando dos bienes) sujeto a restricciones presupuestarias. Esto es lo que se conoce como la “micro fundamentación” de las curvas de oferta y demanda. Aplicar una política económica sobre la base de la teoría de consumo de la teoría neoclásica, fundada en agentes racionales que buscan maximizar su utilidad mediante la optimización de sus funciones de utilidad (que tiene que cumplir ciertas condiciones matemáticas para que la teoría tenga coherencia), suena por lo menos ridículo. Más osados son los autores que sostienen que la macroeconomía es simplemente la agregación de individuos racionales maximizadores de utilidad, y que se puede explicar el comportamiento y los patrones del capitalismo como el simple agregado de un “agente representativo”. Suponer que todos los agentes son iguales y que el comportamiento agregado de esos agentes es simplemente la suma de sus comportamientos individuales, es severamente cuestionable en términos metodológicos.

Algo similar ocurre cuando uno avanza en la carrera y llega a los cursos de macroeconomía, específicamente al funcionamiento del sector bancario. A los estudiantes se les enseña que, en términos macroeconómicos, el ahorro total determina la inversión total. Es importante destacar que con “inversión” se hace referencia a la demanda de activos de capital (como máquinas, equipos, activos inmobiliarios, etc.). Esto quiere decir que, teóricamente, la acumulación de capital (la inversión) estaría determinada por el monto que ahorren todos los agentes de la economía, y el sector bancario sería un mero intermediario entre ahorradores e inversores. En esta forma de entender la economía los bancos son meros intermediarios de recursos, y la cantidad total de dinero está determinada de forma directa por el Banco Central vía la base monetaria, dinero en sentido tradicional, como billetes y monedas, y determinando el “multiplicador” bancario, es decir, fijando cuantas reservas de dinero deben conservar los bancos comerciales limitando la creación de préstamos. En la teoría monetaria tradicional, la autoridad monetaria tiene control directo sobre la cantidad de dinero en la economía.

Nada puede estar más alejado de la realidad. A los estudiantes se les priva de entender cómo funcionan los sistemas bancarios y monetarios modernos. Los bancos no son meros intermediarios financieros. Los bancos crean dinero. El grueso del dinero en nuestras economías no está conformado por billetes y monedas, sino por depósitos bancarios. En nuestras cuentas RUT, de depósito o cuentas corrientes, existe dinero electrónico que está respaldado por alguna institución bancaria. Ese dinero no existe tal y como lo entendemos, es simplemente un registro de deuda entre su banco y usted. Los bancos, al otorgar un crédito, están creando dinero, están creando medios de pago para comprar bienes y servicios, saldar deudas pasadas, etc. Los altos niveles de endeudamiento de los hogares en Chile no se explican porque ha existido un incremento en el ahorro nacional que es prestado por los bancos a los hogares elevando el endeudamiento. El dinero que le ofrecen los bancos (créditos) con tanta insistencia —a su correo, a su celular, por cartas a su domicilio— no son los ahorros de alguien en particular, es simplemente un registro de deuda que crea el banco si usted acepta el crédito. La dinámica de endeudamiento en Chile se explica por una estrategia del sector bancario y por la política del Banco Central. Los economistas neoclásicos jamás van a poder resolver o aliviar el problema de endeudamiento de los hogares en Chile, no por falta de voluntad, sino porque su forma de entender y estudiar el sector bancario es irreal. He ahí la razón de las políticas de “educación financiera”, como si el endeudamiento en Chile fuera el resultado de la decisión de millones de hogares que se coordinaron para endeudarse de forma masiva y no el resultado macroeconómico de las dinámicas del sector bancario.

Los bancos no son meros intermediarios financieros y el ahorro no determina la inversión. Las empresas no invierten porque existan más ahorros disponibles en la economía; las empresas acumulan capital si es que ese capital a adquirir representa alguna ganancia futura para el empresario (que es el poseedor del capital). La inversión no depende del ahorro, depende de la rentabilidad del capital y de la disposición del sector bancario para financiar dicha inversión. Entonces, las decisiones de acumulación de capital hechas por los empresarios y la disposición

de financiar la inversión por parte de los banqueros son fundamentales al momento de explicar la forma de operar de las economías capitalistas.

No poner el énfasis en aquellos actores o sectores que toman decisiones macroeconómicas cruciales, como los banqueros y los empresarios, es un gran error con consecuencias sumamente graves. Mirar el mundo a través de los lentes que entrega la enseñanza de economía en Chile invisibiliza a estos actores e instituciones. Los economistas viven en otra realidad, porque se les enseñó a entender la realidad económica a través de una determinada ideología y dicha ideología es, por lo menos, irreal. Esto es sumamente peligroso, ya que estas personas ocupan puestos de poder. Son académicos, son políticos, son hacedores de política económica y reformadores. Todas las políticas económicas que hagan —laborales, tributarias, comerciales, etc.— son inútiles y dañinas si es que parten de una teoría que no describe el funcionamiento de nuestra economía. Jamás se puede olvidar que fueron los economistas egresados de la Pontificia Universidad Católica y con doctorados en Estados Unidos los gestores de una de las crisis económicas más catastróficas de nuestra historia.

Dada la actual situación global y nacional, existe una interpelación indirecta a las facultades de economía. ¿Continuarán produciendo “economistas” expertos en una teoría irreal o formarán verdaderos economistas, que sepan interpretar y leer la realidad para hacer frente a los desafíos que tendrá el país en los próximos años? Todos los que habitamos el mundo “académico y profesional” de la economía somos responsables de la realidad económica en la que vivimos. Decanos, profesores, jefes de carrera, investigadores, alumnos, todos nosotros reproducimos ideas cada día. En cada clase y ayudantía que se dicta, en cada conversación, al decidir la programación de un curso o de una carrera, sobre qué temas investigar, sobre qué profesores contratar, sobre qué electivos dictar, todos estos actos construyen cierta realidad ideológica que es traspasada a la “comunidad académica” y a la sociedad en su conjunto. Es sumamente insólito que el conocimiento de los no economistas aluda a que si el Banco Central imprime dinero esto genera inflación, cuando el Banco Central de Chile emite dinero

con base en las necesidades diarias del sector bancario. Basta con revisar documentos del Banco Central acerca de cómo opera la política monetaria en Chile y ver que estas “ideas” son completamente irreales.

No se pretende establecer una respuesta o una solución a este gran problema, pero un paso fundamental es, por lo menos, desde el primer momento en que son expuestos a la teoría económica, decir a los estudiantes que existen otras escuelas de pensamiento y que la escuela neoclásica no es la única opción. Lo mínimo es ofrecer las herramientas para que ellos elijan cuál forma de interpretar la dinámica de las economías capitalistas les hace sentido para explicar el mundo en que viven. Limitar su forma de pensar a solamente conocer y aplicar una teoría no solo es dañino para ellos, sino también para todo el país.

La idea de que para tener una “buena” macroeconomía basta con tener inflación baja y un bajo déficit fiscal es una idea políticamente creada, no es objetiva ni universalmente válida. Chile, en las últimas dos décadas, ha tenido una inflación baja y un bajo déficit fiscal, pero estos “indicadores” ocurren en un escenario donde también ha colapsado el crecimiento de la productividad del trabajo, en la que también existe una fuerte volatilidad en el tipo de cambio (recordemos los tiempos cuando el dólar costaba 500 pesos), con una creciente desigualdad, con un 20% de la población que es pobre en términos multidimensionales, con la reprimarización de nuestra economía y la inseparable destrucción medioambiental de esta forma de inserción comercial, la persistencia de grandes brechas recesivas (cuando la economía produce bajo su techo productivo) y principalmente por la acumulación de deuda privada externa. Chile es el país de Latinoamérica con los mayores niveles de endeudamiento externo privado. Pero, al parecer, para los economistas neoclásicos solo los niveles de deuda pública son los que desestabilizan la economía. La deuda privada internacional es más del doble que la deuda pública total. Imaginen “el grito en el cielo” de los economistas si la deuda pública internacional fuera del 60% del PIB.

Como economistas o estudiantes de economía hay que asumir la responsabilidad, crear los espacios y demandar una mayor pluralidad

en la enseñanza de la economía. No puede ser que los economistas estén sentados sobre una bomba de tiempo que no puedan ni ver. A principios de 1980, Piñera, Pinochet y los economistas (incluido el mismo Milton Friedman) aplaudían el “éxito” económico de la dictadura hasta ese momento. Dos años después Chile sufrió una de las peores crisis de toda su historia. Cómo es posible que las personas que aparentan tener la mejor formación en economía (recordemos que Piñera tiene un doctorado en economía en Harvard y los economistas de la dictadura obtuvieron sus posgrados en Chicago) no sepan identificar la gravedad del escenario económico. Es ilógico formar economistas que no sepan dónde están parados. Algo similar ocurrió antes de la crisis financiera global de este siglo, en la que muy pocos economistas advirtieron sobre la crisis. Esto se debe a la deficiente forma de entender la economía del grueso de los economistas. Sin embargo, no basta con un electivo de historia del pensamiento económico, o un electivo de macroeconomía heterodoxa (que incluye muchísimas escuelas de pensamiento), es necesaria una reestructuración radical de los programas de economía y del rol de los economistas en Chile, con miras a los grandes desafíos que se avecinan y con el fin de solucionar temas tan delicados como las zonas de sacrificio, la destrucción medioambiental, el endeudamiento de los hogares, la pobreza, la desigualdad, la explotación laboral, la volatilidad macroeconómica, etc.

Las consecuencias políticas y sociales de que Chile “produzca” economistas que ignoren las fuerzas que operan en las economías capitalistas y quienes las operan son sumamente graves. Afirmar que la mejor política económica es la que no se hace, en un escenario donde existen grandes oligopolios, monopolios y actores que toman decisiones económicas que determinan la vida de millones de personas, es básicamente crear el ámbito institucional en el que estos actores tienen la posibilidad de distorsionar no solo la economía (cobrando mayores precios por sus mercancías, coludiéndose, elevando barreras de entrada a nuevos competidores, por ejemplo), sino también el mundo político. Los casos de corrupción han ocurrido con grandes empresas que no se han caracterizado precisamente por operar en mercados competitivos. Todos estos fenómenos han ocurrido en Chile, en las últimas décadas y a vista y paciencia de los economistas.

Al ser el capitalismo un sistema global en constante mutación no existe un “paquete económico” a prueba de balas. No existen medidas económicas que sean buenas en todo lugar y en todo momento de la historia. Se debe sospechar de quienes hablan de que tal medida o política se debe o no aplicar debido a que funcionó o no en tal país, o si funcionó o no en Chile en el pasado. Se debe sospechar de estos economistas que plantean que Chile debe apuntar a parecerse a Alemania o Nueva Zelanda. El contexto económico mundial siempre está cambiando y es ilógico pensar que existen medidas o políticas que sean siempre 100% efectivas para todos los posibles escenarios futuros. Esta inercia ideológica de los economistas se debe en parte a su proceso de formación. Las teorías que se enseñan no se contextualizan históricamente, ocurren en un “vacío” en el que se dibujan dos curvas y se cree que las conclusiones obtenidas son universalmente válidas. Este es uno de los desafíos más grandes para los economistas en Chile: superar la inercia en materia de política económica. El mundo y el ambiente cambian, la política económica también debe hacerlo. ¿El Banco Central de Chile mantendrá su política de metas de inflación otros veinte años más, independiente del escenario nacional e internacional? ¿Se debe tener la cuenta de capitales abierta para siempre, independiente del escenario internacional?

Los economistas deben (debemos) pensar en nuevas realidades, en nuevas respuestas. Escribiendo esto pienso en el problema del endeudamiento y de salud de las personas. ¿Cómo se reducirá el problema de sobreendeudamiento de los hogares si no se pone sobre la mesa que el valor de los activos inmobiliarios depende más del mercado bursátil que de la “oferta y demanda” de casas y departamentos? Si una posible nueva Constitución garantiza el acceso universal a la salud, ¿el estado estará obligado a pagar cualquier precio que fijen las farmacéuticas? ¿Qué tan sostenible es esto? ¿Cómo se eliminarán las zonas de sacrificio si no se toca al sector primario exportador? ¿Qué sucede con los derechos de agua y medioambientales? La respuesta a estos problemas demanda estudio, análisis y trabajo, no respuestas preelaboradas en un manual de texto. Se debe entender que la economía no ocurre en un “vacío”, ocurre en nuestros actos, en nuestras vidas, en

un contexto sociohistórico y ambiental determinado. Los economistas no deben desconocer los efectos sociales, ambientales y económicos del capitalismo. Sin embargo, es complicado aspirar a esto en el corto plazo si ni siquiera los estudiantes de economía en Chile son capaces de entender el funcionamiento del sistema bancario. Sin embargo, se debe aspirar a formar profesionales que realmente sepan de economía (su definición amplia y no solo la de “ciencia que estudia la asignación de recursos escasos a necesidades múltiples”) y que conozcan la sociedad donde están situados y en la que transcurre su vida.

Chile no necesita doctores en economía que sean expertos en una teoría económica sin correspondencia alguna con nuestra realidad. El llamado a la “tecnocracia” y el gobierno “de los mejores” es un fenómeno absolutamente ideológico, en el que se pone en situaciones de poder a personas que no comprenden la dinámica de las economías capitalistas y, voluntaria o involuntariamente, son ciegos para ver y comprender elementos fundamentales de esta. Al lector que no sea economista, solamente se le advierte que ponga en duda a los economistas y cuestione sus dichos. Después de todo, Chile no se acabó cuando se aprobó el retiro del 10% de los fondos de pensiones.